

L'APPAT VIVANT

El verano siempre ha ejercido, en mayor grado que ninguna otra estación del año, la atracción de forasteros. No me refiero a los que en esta época, arrastrando tal o cual reluciente «haiga», llegan a las puertas de los grandes hoteles, para hacer bailar las niñas de los rojos al hotelero. También hay forasteros en los temas de la mar, categoría en la que puede sin desdoro incluirse todo aquel que se inicia en ellos, y cuyo número, no sabemos porqué fenómeno cósmico, se multiplica cuando el calor comienza a freirnos.

A alguno de los ocasionales cultivadores de la actualidad pesquera le ha parecido oportuno decir, o hacerle decir a alguien, algo sobre el empleo del cebo vivo, para capturar el bonito. La cosa no tendría ninguna importancia, si no se atribuyera a tal dispositivo de captura un carácter de novedad, que no ha satisfecho a los que saben mucho de estas cosas.

El «appat vivant» de los franceses ha motivado más de una referencia en estas páginas y fué, en efecto, experimentado ya copiosamente, empleado por los bermeanos y hasta por muchos que hoy usan el vulgar «follato» desde la borda de nuestros boniteros, armados lateralmente de varas al estilo del ciempiés. Pero ahora no se trata de eso.

Ya que el tema ha venido a la superficie, ahondemos algo en él. Y si ahondamos, pronto se descubrirá que el cebo vivo es el más antiguo y universal de los cebos. ¿No es verdad que el pez grande se come al chico?

Unas veces con realismo dramático, y otras en sentido figurado, aunque menos dramático en la apariencia, hasta ahora el contenido de esa interrogación no ha prescrito, no ha sido desmentido ni superado. En la mar y en la tierra, el pez grande se come a los pequeños, si no hay algo que lo impida.

Decimos que en la tierra, porque en ella sí que abundan los peces, sin que les afecte la crisis de los fondos, a los que se adhiéren con mucho más ahinco que los auténticos acantopterigios al «benthos» que tapiza las mesetas submarinas.

Con esto, naturalmente, tampoco decimos novedad alguna. Decimos algo que acaso dirían los propios peces, contemplando la humana fauna que se interfiere en sus destinos últimos, no en los inmediatos. En sus destinos últimos, que van del muelle a la mesa, que se descomponen en múltiples evoluciones y que permiten montar sobre la remota inocencia de los seres marinos y su productividad, tantas inútiles plataformas.